

Pastor pastoreado

Mauro Yberra

Queremos contarles la historia de un querido amigo de infancia, llamémosle Juan A, que vivió en Estados Unidos y que alguna vez pretendió convertirse en pastor de la iglesia metodista. Fue una gran sorpresa para el grupo, es la verdad. No se le conocían veleidades místicas. Siempre se había declarado más o menos agnóstico, como todos nosotros. En cualquier caso, lo aceptamos. Juanito era especial.

Sin embargo, para su familia chilena, bastante pituca, fue el horror: el hijo (hermano, sobrino, primo) vuelto canuto, era un desatino. ¡Un credo de la clase baja! Resultaba impensable que alguien de buena familia renunciara a la verdadera religión, la católica, para volverse protestante. Como fuera, Juan A estaba empeñado en perturbar el orden familiar. Se metió pues de novicio a la iglesia metodista, en el estado de Georgia donde vivía, y se preparó para llegar a ser un devoto pastor de ovejas descarriadas.

La iglesia metodista, cabe señalar, es una institución grandiosa, que maneja miles de templos, millones de adeptos y billones de dólares. Juan A nos contó que todo iba relativamente bien en su proceso de metamorfosis en un auténtico clérigo evangélico. Había pasado el diaconado con honores y sólo le faltaba lo que se podría llamar la “práctica”, antes de la unción definitiva como pastor de almas oficial del metodismo.

Así fue como lo mandaron a una de las cárceles de Georgia. Un presidio popular, donde se hallaban encerrados los peores delincuentes del estado. El que menos era un asesino, entremedio de ladrones reincidentes, violadores, estafadores de todos los pelajes, explotadores de mujeres, borrachos pependencieros, pirómanos, funcionarios corruptos y matones crueles. Negros la mayoría (afroamericanos como les llaman ahora).

Digamos que nuestro amigo Juan A es bajito, menudo y rubicundo; de modales suaves y vestir atildado, hablar quedito y sonrisa fácil. No se amilanó cuando le abrieron las puertas de la prisión, todo un proceso capaz de atemorizar a cualquiera. Sabía a lo que iba, sentía que contaba con el apoyo de la iglesia y Dios no permitiría que le ocurriera algo. Juanito agradeció al carcelero que lo saludó respetuosamente, sin el menor rictus de ironía ni tampoco amago de amabilidad extra.

Tenía fe nuestro amigo Juan A. Creía en dios padre, en su unigénito hijo y en el espíritu santo (“el sagrado fantasma”, como se dice en inglés). Sabía que la santísima trinidad lo ayudaría a salvar las almas de esos pobres desgraciados, caídos en los peores pecados, necesitados de la luz del evangelio.

Entró así al presidio de Georgia un domingo, acompañado del predicador a quien había de reemplazar durante un período de por lo menos tres meses. Aquél era un negro de piel como carbón, mascaba chicle en forma obsesiva y parecía apurado por entregar el cargo al joven aspirante. La capilla de la cárcel, compartida fraternalmente por varias iglesias que hacían proselitismo entre los presidiarios, y que ese día y a esa hora correspondía a los metodistas, se hallaba repleta. Había un discreto púlpito y por toda decoración, una gran cruz desnuda. Ningún otro adorno era visible, ni cirios ni flores. Juanito se ubicó entre la feligresía.

Tras el púlpito, Juan A vio instalarse ordenadamente a una veintena de presos, vestidos con unas especies de túnicas. Uno de ellos se sentó en un piano vertical que había en un rincón y produjo unos acordes más bien desafinados. Comenzaron los himnos, cantados en un estilo que ellos llamaban gospel, del cual Juan A había escuchado hablar, pero que no conocía realmente. Se le pararon los pelos al escuchar al improvisado coro. Era una música poderosa, rítmica, cantada por esos facinerosos con una devoción y una solemnidad que impresionaron a nuestro amigo. Nos contó que fue su primer shock. Positivo, por cierto, vislumbró que había un campo abonado para sembrar, humildemente, la buena nueva.

El canto se alternó con la prédica del pastor negro. A Juan A le pareció rutinario su colega, falto de emotividad y poco convincente. Unos cuantos ¡Aleluya! de la feligresía le parecieron desganados, como por cumplir. El pastor miraba el reloj, sólo le faltaba bostezar. Nos contó Juanito que vio también allí un desafío, hacer florecer la palabra de Dios en esas almas encanalladas.

Juan A había estudiado bien la Biblia, se sentía preparado para traducir esas metáforas y esas alegorías en enseñanzas prácticas, adaptables a la vida de todos los días. Aparte de predicar los domingos, tendría que ir tres veces por semana a conversar con los convictos. Se hacía una lista y se suponía que él llegaba y recibía a los inscritos durante unos veinte minutos (o más si era necesario), los cuales le contaban sus problemas espirituales y él los aconsejaba. Le habían recomendado que no hiciera caso de quejas respecto a las condiciones carcelarias, no recibiera encargos ni opinara en temas jurídicos.

El martes siguiente nuestro amigo Juanito ingresó temprano, casi de madrugada a la cárcel de Georgia. Tenía una docena de inscritos, lo cual le iba a tomar la mañana completa. Se alegró, se hallaba tremendamente animoso.

El primero que se sentó frente a él fue un negro inmenso, paquidérmico, rapado, la cara llena de cicatrices. Se expuso sin remilgos, tenía en el cuerpo media docena de asesinatos. De mafiosos como él, le dijo a Juan A. Gente mala, merecían la muerte. Estaba arrepentido, sí. Confiaba en el Señor. Nuestro amigo le dijo que tenía que escuchar la palabra de Dios, allí se encontraba la sabiduría. Le citó un versículo de las epístolas de San Pablo.

El negro sacó del bolsillo una Biblia tan ajada que casi se le caían las páginas. Sonrió y le recitó a nuestro amigo poco menos que los Hechos de los Apóstoles completos, siguió con el Éxodo y terminó con buena parte del Eclesiastés. Juan A quedó apabullado. ¡El negro se conocía la Biblia mucho mejor que él!

Cuando le tocó el turno al segundo recluso casi le dio un vahído. Un tipo altísimo, de piel más bien clara y rasgos de serpiente, casi indefinidos; menos los ojos, tan hondos como un par de cañones de revolver. Juan A recibió una amenazante mirada de rencor por saludo. Delincuente desde los siete años. También venía premunido, Biblia en mano. Casi no dejó hablar a Juan A. Lo suyo era el Apocalipsis. Odiaba a la cárcel, a los carceleros, a sus compañeros de prisión, al estado de Georgia, a su país, al mundo entero y esperaba que todo se hiciera polvo en el fin de los tiempos, según el designio divino escrito en el santo libro. ¡Qué discurso admirable y aterrador!, pensó Juan en ese momento. Una verdadera prédica del demonio.

Cuando vio sentarse frente a él al tercero, que también portaba su Biblia como un trofeo, a Juan A le corría la transpiración por la cara y sentía que su cuello blanco almidonado le apretaba la garganta como la soga a un ahorcado. Era un negro viejo de pelo cano, una suerte de émulo del tío Remus. Llevaba encerrado veinte años por estupro y corrupción de menores. Había sido pastor metodista. Se había colocado el cuello pastoral y una gran cruz plateada fulguraba en su pecho, lo cual turbó a Juan A. No abrió su Biblia, lo que significó un cierto alivio para nuestro amigo. El viejo se la sabía de memoria, libro por libro, hasta con números de versículos, sobre todo el Antiguo Testamento.

Dejó hablar a Juanito con la cabeza gacha. Cuando nuestro amigo lanzaba una cita bíblica, el viejo la corregía o completaba con una voz profunda y melodiosa, de auténtico predicador. El viejo negro terminó abruptamente la conversación, siempre con la cabeza baja, murmurando que se hallaba arrepentido de su vida pecadora.

Así fueron pasando los demás reclusos en esa mañana. El bueno de Juan A no hallaba la hora de terminar. Se sentía enfermo, avergonzado de su ignorancia y de la debilidad de su compromiso con Dios, vejado por su pobre inglés. Asombrado de que esa manga de perversos mostrara tanta fe y tan profunda.

El segundo día fue una duplicación del anterior. Algunos de los mismos reclusos que había atendido se repitieron el plato. Aparecieron otros, cada cual con su Biblia en la mano. Uno le aseguró que era su arma, que había reemplazado la navaja por la palabra de Dios. Otro le mostró las páginas que había arrancado para hacerse unos porros de marihuana. Le explicó por qué había elegido ciertas secciones. También hubo uno que apareció con un manuscrito. Estaba escribiendo la Biblia de nuevo, palabra por palabra, apoyado en su buena memoria, inspirado por el Señor. El hombre era el pirómano más tenaz de

Georgia y le explicó a nuestro amigo que temía el día en que todo fuera devastado por las llamas y no quedara ninguna Biblia disponible para alabar a Dios.

Juan A nos contó que en ese momento decidió renunciar a ser pastor. Su mente ingenua (nuestro amigo era realmente un niño en cuerpo de adulto) no había sido capaz de comprender tal mezcla explosiva entre maldad y bondad, locura y razón, acción y verbo, que imperaba en el presidio. No podía predicarle a esa gente. Era superior a su fuerza y entendimiento. Se retiró pues de la iglesia dejando su carrera a medias, para hacer clases en un colegio de señoritas, donde sus amigos en la propia iglesia metodista, comprensivos, lo pusieron para que no quedara en la calle.

Terminó por volver a Chile, a Santiago. Anduvo extraviado un tiempo, la familia llegó a planear su internación en una clínica psiquiátrica. Pero su experiencia como maestro de mujeres jóvenes lo movió a asumir su actual oficio, por llamarlo de alguna manera. Trabaja de promotor en diversas casas de masaje y cafés con piernas de la calle San Antonio, al llegar a Santo Domingo. Lo pueden encontrar por allí, moviéndose de puerta en puerta, pastoreando a sus corderitas. No queremos calificarlo de proxeneta, sería una ofensa. Dejémoslo así, promotor. Suele comer en el Ají Seco con nosotros, el grupo. Maneja sus deberes con particular gentileza, las chicas lo adoran, lo llaman “el padre”, porque las aconseja y las conforta. Aparte de hacerles ganar su dinero.

A nuestro querido Juan A se le pasaron las ansias de reformar a la humanidad. Ahora se siente sirviendo a Dios (no ha perdido la fe) en el más humilde y pecador de los oficios.

Mayo 2009